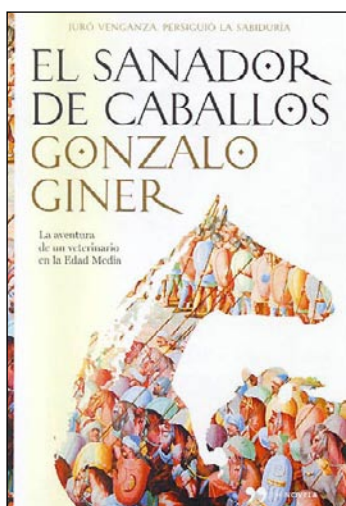


Un albéitar medieval

Lorenzo Serrahima*

GINER, Gonzalo (2008): *El sanador de caballos*. Madrid; Temas de Hoy. ISBN: 978-84-8460-707-6. 800 pp. Precio aprox.: 22 euros.



El sanador de caballos es una novela histórica ambientada en el cambio del siglo XII al XIII, cuyo protagonista recorrerá muchos caminos de las convulsas Españas de entonces, movido por dos grandes deseos: el rescate de sus hermanas, en manos sarracenas desde el principio de la novela, y el aprendizaje de un oficio fascinador, el de albéitar. Igual que *El médico*, de Noah Gordon, nos contaba cómo era la profesión

médica, esta obra nos cuenta los primeros capítulos de la profesión veterinaria. La época medieval no fue fácil en ningún aspecto, y el autor no trata de esquivar la violencia ni la falta de escrúpulos que muchas de aquellas gentes mostraban. Por eso su novela habla de violencia y de traición cuando es necesario, pero no se olvida de dejar unos cuantos rincones a disposición de la ternura y una relación mágica entre el hombre y el caballo. Es una historia de superación personal, la de Diego, un plebeyo huérfano, arruinado, sin oficio ni beneficio, que luchará por su vida en más de una ocasión, por la vida de otros en más de dos y por aprender seriamente un oficio en todas las páginas del libro. El aprendizaje tampoco resulta fácil, entre otras cosas porque en el reino de Castilla compartían territorio tres culturas muy diversas y no siempre fácilmente reconciliables: la cristiana, la judía y la musulmana. Las aventuras del protagonista y su yegua *Sabba* (Viento del Sur) estarán siempre condicionadas por la desconfianza y los intentos de engaño de los personajes que los rodean. A pesar de la época, Diego muestra una actitud muy moderna a la hora de aprender la ciencia médica que le permitirá sanar caballos. Se esfuerza por entender los libros que lee e intenta relacionar experimentalmente lo que los libros dicen con la realidad de los caballos enfermos. Pone en entredicho muchas cosas que se daban por ciertas solamente porque lo hubiera

dicho tal o cual personaje antiguo más o menos famoso. El libro es un homenaje hermoso a una profesión cada vez más seria y respetable, que se dedicaba al caballo, uno de los grandes marchamos de prestigio de la época y a la vez una de las grandes inversiones que debían hacer los caballeros. Eso hará que algunos caballeros poderosos brinden protección al protagonista; no siempre por motivos altruistas, a veces simplemente para proteger su inversión, pero ya lo hemos dicho: la Edad Media era así.

La novela, además, nos recuerda que un buen aprendizaje exige beber de muchas fuentes distintas, que nadie es poseedor de una verdad absoluta. Igual que ahora, en aquella época eso también significaba leer en varios idiomas distintos, pues los libros de veterinaria estaban escritos en árabe por albéitares musulmanes, en latín por los *hippiatras* y los *veterinariae* y en diversas lenguas romances por los menescales y mariscales. En todos ellos había ciencia, magia, superstición y supercherías. El lector tenía que entender lo que decían, y el aprendiz debía separar el grano de la paja, creerse lo creíble y aprenderlo, y despreciar lo increíble y olvidarlo. El autor, un veterinario actual que comparte con los lectores de *Panace@la* la pasión por las letras, presta especial atención al traductor y al dominio de las lenguas como elemento para poder comunicarse con un mayor número de personas. En toda la novela se destaca el valor del esfuerzo, de la lectura y del estudio para alcanzar la maestría en un oficio. Lo extraordinario es que todo esto nos lo cuenta con un lenguaje ameno, con una serie de aventuras interesantes y entretenidas que atrapan al lector desde el primer momento. Casi sin darnos cuenta, nos adentraremos en la ciudad de Toledo y en la escuela de traductores, estudiaremos árabe, practicaremos la albeitería, viajaremos hasta el reino de Navarra, leeremos libros en el monasterio de Fitero, seremos veterinarios en Albarracín, espías en Sevilla y ladrones en Córdoba. Nuestro periplo se acabará en la batalla de las Navas de Tolosa, preguntándonos cómo pueden ser tan ligeras 800 páginas de narraciones y por qué el autor no siguió contándonos más aventuras de Diego, el sanador de caballos.

Esta apasionante novela ya lleva seis meses en el mercado y desde luego no ha pasado desapercibida: el lector puede hacer una búsqueda en Internet con la expresión «El sanador de caballos» para confirmarlo y encontrará cerca de 13 000 páginas web que hablan de ella. Si le gustan los personajes históricos y la idea de usar los idiomas para transmitir conocimientos, le recomiendo encarecidamente esta novela.**

* Veterinario y traductor médico autónomo. Dirección para correspondencia: serrahima@gmail.com.

** Véase, en la página 203, la entrevista de Lorenzo Serrahima con Gonzalo Giner.

El lápiz de Esculapio

Quieta

María de Miguel y Gallo*

Debido a su problema de equilibrio, D tenía obsesión por las superficies planas. Llevaba consigo una canica que colocaba encima de cualquier silla; entonces le decía a su nieto, ves, no se está quieta. La dejes donde la dejes, la canica siempre se desliza. Para evitar traspies, sus hijos le habían montado una barandilla por el pasillo; una cuerda que, atravesando varias guías, quedaba tensa a la altura de la mano. Al andar, D formaba un anillo con los dedos índice y pulgar para rodear el cordel, así se desplazaba hacia el balcón para ver el zigzag de los montes. Un día le pareció que la cuerda estaba laxa y llamó a su nieto; un simple mareo, le confirmó él. La dejó en la cama y se llevó la canica. En la biblioteca de la facultad, la apoyó sobre la mesa. No se movió. Probó a soplarla, a empujarla levemente con un lapicero. Permaneció quieta. Tropezándose con las sillas, cogió el móvil y salió.

* Inmunóloga, Madrid (España). Dirección para correspondencia: maria3demiguel@yahoo.es.

